ÚLTIMO SUEÑO

La redondez del rostro y un amasijo de suaves arrugas le daban a Damián un aire bonachón y el punto de rudeza rural que nunca perdió en su largo periplo de profesor de literatura española en el Instituto Cervantes de Tokio, Seúl y Chicago.

Regresó al pueblo para terminar su vida laboral en la vieja escuela unitaria que, aunque de varias nacionalidades, apenas reunía a trece alumnos de edades tan dispares como sus acentos y estaturas.

Cuando Vesela, la niña eslava de mirada azul, le preguntó por el viaje más importante de su vida, Damián miraba absorto por el ventanal del edificio de tejado desvencijado. La luz horizontal de aquella tarde perfilaba nítidamente el horizonte sinuoso donde aprendió a soñar. Por un instante voló los pagos de “Costareguela”, las “Quintanas” y los musgos del “Monte del Marques”

Cuando sonó el despertador en el número 195 de la Avenida Míchigan de Chicago, todavía resonaba la voz tímida de Vesela en la cabeza del Maestro. Se incorporó y tomó de su biblioteca un legajo de poemas de Kavafis, manuscrito en su época de estudiante. Por fin, creyó saber qué significan las Ítacas.